

NOTA SOBRE LA ARQUITECTURA RURAL

No voy a hablar de la arquitectura espontánea ni de los elementos del folklore, sino de aquello que une experiencias arquitectónicas diferentes y lejanas entre sí en la construcción del paisaje rural. No me interesa aquí tanto el poner en evidencia los caracteres distintivos de tales experiencias, cuanto el reconocerlas como lugar estable en el que se refleja el largo proceso de definición y tipificación de las formas arquitectónicas en sentido general; hablo, pues, de lo que une la experiencia rural a aquella de las ciudades en la historia y no de lo que falsamente las aleja aislando su apariencia de originalidad (caracteres locales u otros aspectos). Todo esto se refiere a determinados ejemplos de la arquitectura rural, como los grandes patios lombardos, las granjas fortificadas, las residencias suburbanas, rústicas o mansiones, etc., contempla su capacidad de confundirse con las implantaciones monásticas, con los castillos, pero también con las plazas y las calles porticadas, con los jardines, con los elementos colectivos de las ciudades. Contempla la riqueza y la variedad de los usos y sin embargo, la unidad estructural, constructiva, absolutamente afirmativa siempre, de estos ejemplos; contempla, en fin, la dimensión ideal que está siempre singularmente incluida en la imagen evocada por los grandes complejos rurales, ligada ciertamente al elemento natural, pero también al característico uso del suelo en la experiencia histórica de la ciudad de fundación.

Yo tiendo a creer que lo que une establemente estos ejemplos es también el signo que distingue a las grandes arquitecturas.

Diré, de una vez, para que mí este signo consiste ante todo en el hecho de que la imagen a que estas arquitecturas nos remiten sin excepción, la imagen más general la más profunda y comprensiva, acaba siendo siempre una imagen arquitectónica, una idea constructiva.

—Un signo tal, sea dicho de paso, considerado seriamente, está en grado de exorcizar gran parte de la "superstición de lo nuevo" de la arquitectura moderna—.

Me refiero, pues, a aquellas arquitecturas en las que resplandece la simplicidad y la claridad del fin, la precisión de los medios, la seguridad de las soluciones, donde cada elemento responde a una demanda definida; respecto a las cuales se está tentado de hablar ante todo de "ideas justas". Aquellas arquitecturas a las que atribuimos un lugar particular en la memoria del mismo modo que clasificamos los libros de acuerdo con nuestra necesidad de releerlos. En estas arquitecturas está siempre incluida establemente una referencia comprensiva al mundo de las

formas necesarias (la casa como utensilio, etc.); es por esta razón que en la imagen evocada está siempre comprendida, inseparable, la experiencia espacial y constructiva del mundo rural.

¿Cómo no darse cuenta si una de las cualidades más extraordinarias de un monumento complejo como S. Ambrosio de Milán es precisamente la de revelar, más allá de los símbolos oscuros trazados sobre sus capiteles, la cadencia misma de la vida cotidiana en los espacios que lo articulan y que son los mismos que los de una gran construcción rural, una proporción tranquilizante que nos lo hace íntegro y familiar? ¿Y qué otra cosa son los grandes patios del Hospital Mayor de Filarete?; ¿a qué otra cosa remiten, al fin, estos espacios dilatados y vacíos?

Los ejemplos del mundo rural casi siempre reflejan una condición natural, no una condición excepcional; están destinados a servir. Y de aquí se deriva una idea de "función" muy amplia y general, capaz de acoger no sólo usos diversos sino también significados cambiantes: me refiero aquí al constante reclamo del elemento natural y a la seguridad que conduce a las soluciones tipológicas. Me refiero, por ejemplo, a los grandes pórticos en los que encuentran un lugar, en el sucederse de las estaciones, los diversos aspectos de la vida cotidiana y de los que la idea formal más general surge reforzada. Se trata de grandes ideas arquitectónicas, que para nosotros se confunden con la noción misma de progreso, ideas generales que las mismas ciudades han podido expresar completamente tan sólo en determinados momentos de su historia. Parece casi que el mundo rural, en virtud de sus mismas vicisitudes culturales e históricas, haya podido custodiar con mayor continuidad y eficacia esta suerte de apego vital a las "ideas justas" (léase: ideas que no niegan ninguna de las necesidades naturales) y por eso a este hábito constructivo positivo.

Un hábito que nos permite hablar, como en los momentos de gran unidad estilística de las ciudades, de un léxico preestablecido, pero aquí más allá de cualquier tiempo y lugar, fundado sobre un principio de no-contradicción. Donde cada solución es en sí adecuada pero al mismo tiempo destinada a evocar "adecuación": donde un tejado es ante todo un tejado y el grado de inclinación de sus faldones un hecho sin discusión y lo mismo una pilastra cuya sección será siempre sin rectángulo próximo al cuadrado (una casa sostenida sobre algo deforme ¿no evoca, acaso figuras mucho más sofisticadas que un pórtico?); donde una puerta es una puerta y una ventana es una ventana y lo

que da forma a cada elemento singular es un principio de claridad y de persuasión respecto a la reconocibilidad del propio elemento. Construcciones en las que la geometría es sólo un medio para construir figuras y no una figuración en ella misma; donde "composición" tiene un significado literal puesto que el acento se pone sobre la interacción, sobre las relaciones entre elementos ampliamente definidos. Y así sucesivamente.

Yo creo que en ciertos momentos la medida con lo obvio, con lo acostumbrado, asume de hecho el valor que, en otras ocasiones puede tener, por el contrario, la licencia de lo incongruente.

1) y 2) Milán, San Ambrosio
3) y 4) Milán, Ospedale Maggiore
5) y 6) Pavía, Cartuja

